

Rue de l'Odéon

ADRIENNE MONNIER

TRADUCCIÓN DE
JULIA OSUNA AGUILAR



Título original:

Rue de l'Odéon

Primera edición: septiembre 2011

Segunda edición: septiembre 2022

© Editions Albin Michel, Paris

© 2022 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2011 de la traducción: Julia Osuna

© 2010 del diseño de colección: Raúl Fernández

Diseño de cubierta: Raúl Fernández

Maquetación: David Anglès

Ouvrage publié avec le concours du Centre National du Livre

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-08-5

Impreso en España

Depósito legal: M-17928-2022

La Rue de L'Odéon poseía la tranquilidad de un pueblo. Allí se encontraba la librería La Maison des Amis des Livres. Si uno observaba con detenimiento, podía ver en la entrada a su propietaria, Adrienne Monnier, con su pelo corto y su largo vestido suelto.

En mi época de estudiante esa librería representaba ese mundo fascinante, tan cercano y aún así tan lejano, de la literatura moderna: lejano porque todavía no conocía ni a uno solo de los autores; cercano porque devoraba muchísimos de sus libros, que pedía prestados de la biblioteca de Adrienne. Además descubrí los rostros de algunos de ellos a través de los retratos con dedicatoria que tapizaban las paredes de la librería. Escuchaba a escondidas a la dueña de aquel santuario —que me intimidaba con su ropa distinta y sus amigos nobles— hablando de la forma más natural e íntima de gente muy conocida cuyos nombres me dejaban algo aturdida. Podía estar contándole a algún cliente, por ejemplo, que había visto a Valéry justo la noche anterior o que Gide no se encontraba muy bien. Léon-Paul Fargue y Jaques Prévert eran otros de los autores a los que muy a menudo se veía conversar con Adrienne. Y a veces, con el corazón en un puño, veía de repente materializarse ante mí en carne y hueso al más distante e inaccesible de todos: James Joyce, cuyo *Ulises* había leído en francés con gran asombro.

SIMONE DE BEAUVOIR¹

1 Extraído del prólogo de *James Joyce in Paris: His final years*, de Gisèle Freund y V. B. Carleton (Harcourt, Brace & World, New York, 1965).

Una vez más estamos en guerra.

Me convertí en librera durante la otra guerra, en noviembre de 1915. A decir verdad, la terrible diosa me fue propicia. Igual de propicia que la catástrofe ferroviaria de noviembre de 1913 donde mi padre estuvo a punto de fallecer y que le procuró una indemnización que él me donó a su vez para abrir mi negocio.

Pienso a menudo en las palabras de Heráclito: «todo acontece por la contienda y la necesidad».⁹ Palabras que se me aparecen como una máscara de tragedia de boca cuadrada, una boca siempre abierta por el grito, la queja o el reproche.

Al nacer, el niño desgarrar las carnes de la madre, y los gritos de la madre desgarran el corazón del padre. Por el bien del niño se imponen y se consienten sacrificio tras sacrificio. Y, sin embargo, la vida no es feliz para él, tampoco para él. La edad feliz es un mito: hay que echar los dientes y todo lo demás. No obstante, los seres y las cosas se inclinan ante él y le sonríen.

Así, la guerra fue la causante de la conmoción que favoreció mi proyecto. Mis padres tuvieron la sensata locura de confiarme el poco dinero que tenían, y que nunca habían tenido. La guerra fue la causa de que hubiese locales disponibles por precios asequibles en el noble barrio de los estudiantes, al que yo aspiraba. Tampoco la competencia acabaría conmigo, pues la mayoría de los librereros estaba en el frente. Con aquella vida al ralentí me sobraba el tiempo para aprender un oficio del que ignoraba toda práctica. Amaba los libros, simple y llanamente, y el oficio de librera me permitiría

9 VV. AA., *De Tales a Demócrito. Fragmentos presocráticos*, trad. de Alberto Bernabé, Alianza, Madrid, 1988.

cubrir con ellos las paredes: podría sumergirme en el océano del conocimiento. ¡Ay, las cosas no iban a ser tan fáciles como parecían en un principio! Mi inexperiencia me llevó a conocer muchos trances y obstáculos. Pero si hubiera podido prever los peligros, nunca me habría aventurado. Bien está lo que bien acaba.

Cuando pienso en aquellos años, el 15, el 16, el 17 y el 18 —¿cómo no pensar en ellos en estos días?—, me reencuentro con una auténtica infancia.

Mucha gente cree que cuando me establecí ya me rodeaba de un grupo de amigos, un grupo que por fuerza me habría influido a la hora de tomar aquel camino por encima de cualquier otro; que, por poner un ejemplo, habría convertido mi local en una pequeña capilla contigua a la *Nouvelle Revue Française*. Más de una vez recayeron sobre mí este tipo de acusaciones (sí, para algunos eso era una acusación).

La verdad es bien distinta. Cuando llegué a la Rue de l'Odéon yo era una desconocida. El local que alquilé estaba vacío; antes lo habían ocupado unos anticuarios especializados en armarios normandos. Había pasado los últimos tres años en los *Annales*, como secretaria de la excelente señora Brisson, pero en aquella plaza fuerte de la Orilla Derecha no había entablado relación alguna; al menos ninguna que quisiese conservar o asentar. Los autores que a mí me gustaban no frecuentaban el lugar, o más bien todavía no lo frecuentaban, porque todo llega. Mis gustos y mis ideas se forjaron con total independencia; el entorno no tuvo nada que ver.

La Orilla Izquierda me llamaba, y todavía hoy sigue llamándome y reteniéndome. No me veo abandonándola, igual o más que el órgano al que se le asigna un puesto en el cuerpo.

Ya he contado que, estando todavía en los *Annales*, fui a ver a Rachilde para suplicarle que me diese algún trabajillo en el

Mercur de France, y cómo aquello les pareció, a ella y a Vallette, «insensato en su invención».

Mis primeros pasos como odeoniana se encaminaron hacia el *Mercur de France* y hacia la *Nouvelle Revue Française*, pero no hacia sus salones: más bien hacia sus oficinas de venta. Presenté mis primeros respetos a sus contables: del *Mercur* lo era el señor Blaizot, y de la *N. R. F.*, el señor Gorce. Ni san Pedro guardando las puertas del Paraíso podría inspirarme mayor respeto que aquellos grandes hombres. Imagino que debí de suponer para ellos un gran divertimento, pues cada vez que aparecía por sus oficinas para hacer algún pedido estaba frenética.

No, al hacerme librera mi idea principal no era ganarme los favores de los autores, sino los de sus libros, libros en los que ponían lo mejor de sí mismos y de todos nosotros. Yo aspiraba al reino de Dios; el resto me fue dado por añadidura.

Aquella añadidura llegó pronto y en abundancia. Me dirán ustedes que no fue algo banal, pues se trataba en mi caso de la amistad con escritores, de entre todas, las relaciones con las que la buena sociedad burguesa más disfruta y se deleita. De esas que cada una cuenta como un galón.

¿Han leído ustedes en *La vida de las termitas* lo siguiente: que a las termitas lo que más les gusta es pasearse alrededor de su enorme reina, acariciarla, lamerla y quitarle trocitos de carne? La literatura —nuestra alma expresada, nuestra alma en palabras, esas palabras en nuestro poder, nosotros en poder de las palabras— es una termita reina. Acercarnos a ella no es solo ser felices: es, además, una forma de escalar.

¡Cuántas muchachas, cuántas mujeres me han envidiado, cuántas han soñado con mi suerte! Algunas intentaron abrir

negocio, como yo. Casi todas se desmoralizaron al cabo de un tiempo. Comprendieron que no bastaba con dar recepciones en un salón, sino que conllevaba un gran trabajo, un montón de cargas, muchas de ellas de tipo material. Ordenar, empaquetar, hacer cuentas... El polvo y el papeleo nos acechan de continuo.

Hay que acostumbrarse a todo eso, porque el oficio no es lo suficientemente lucrativo para permitirse tener mucha ayuda, y no hay mejor asistente que uno mismo. Cuando te acostumbras, en cambio, ya no lo sufres igual. De hecho, llegas a abordar las cargas con cierta satisfacción: son una especie de penitencia, con todas las ventajas de las que se aceptan de buen grado.

Un orden riguroso es mejor maestro que cualquier tratado de sabiduría; los pequeños problemas aclaran los grandes. Llegas a comprender la aspiración al espacio vital. El gran drama de una librería es la falta de espacio. Año tras año se van acumulando los libros, año tras año se hace necesario descubrir un nuevo rincón donde poner otra estantería. Y comprendes también que, aunque te fuese dada la tierra entera, te faltaría espacio. El espacio vital... ¡nada más que un mito! El espacio no falta si no falta el ánimo, si se mantiene alerta. Las cantidades no han de inundar, o al menos no por mucho tiempo, los espacios reservados a las calidades, aquellos donde los combates se libran casi por completo en la inteligencia, y lo menos posible en la materia; donde el hombre no cede ni cuerpo ni terreno salvo a los que merecen cuerpo y terreno; donde las decisiones se toman sin demasiada complacencia en el yo, pues es la complacencia fuente de los peores desórdenes.

Todo lo que he dicho se refiere a la librería, claro está.

En el oficio de librera las cargas las compensan las visitas hermosas: las de los autores y los aficionados versados. En esos momentos la vida brilla en todo su esplendor, la conversación se tornasola y más de una vez nos deja ebrios y jadeantes.

Pero no solo están las visitas hermosas, están todas las idas y venidas de una clientela más o menos amable, más o menos exigente. En muchos aspectos un librero es un comerciante como otro cualquiera: tiene que estar «dispuesto a servir», con las armas siempre a mano. En nuestro oficio lo más difícil es conciliar la generosidad y la amabilidad —que son los buenos modales del país de los libros— con la preocupación por los intereses materiales, una preocupación que hay que tener si no se quiere perecer.

Me acuerdo del sufrimiento que en los primeros tiempos me producía la llegada de alguien intratable, o simplemente banal, justo cuando estaba sumergida en una conversación buena y bonita, en una lectura buena y bonita. Qué mal me sentaba tener que abandonar el libro, al amigo o la amiga. Notaba cómo se me dibujaba una mueca en el rostro. Mis diablos interiores se daban codazos y me guiñaban un ojo: «¿A qué estás esperando para mandárnoslo?». Con el tiempo me dije: «Esto no puede seguir así. Hay que hacer como los religiosos de verdad: no tener preferencias, o muy pocas». El estado de ánimo de los libros es una sonrisa universal. En consecuencia, me esforcé por sonreírles a todos; al principio tuve que aplicarme, a menudo forzada, pero luego las pequeñas victorias trajeron consigo las grandes: mi sonrisa me hacía sonreír.

La primera visita hermosa que tuve, a finales de aquel año de 1915, fue la de Paul Fort.

Estoy convencida de que nadie podía representar mejor, a los ojos de una muchacha recién salida de los *Annales*, al poeta en persona. Tenía el pelo largo, sombrero de ala ancha, verbo florido. Llevaba una vida libre, aparentemente despreocupada; era un bohemio auténtico, un bohemio de pro incluso. Y además sentía gran admiración por él, porque había leído sus baladas. «La chapelle abandonnée» [«La capilla abandonada»] se contaba, y se sigue contando, entre los poemas que más me gustan del mundo. Nos agradaba decir: «La voix des boeufs est dans les boeufs»,¹⁰ y aquello se nos antojaba una fórmula de consolidación-en-la-vida.

Paul Fort nos visitaba con frecuencia; su sencillez y su buen humor nos encandilaban. Nos invitó a su «hogar dorado», en la Rue Gay-Lussac, a nosotras y a todos los amigos que quisiésemos llevar. Allí fue donde coincidimos con Maurice Martin du Gard, sobrino del autor de *Jean Barois*,¹¹ recién salido de su provincia, poeta como todo el mundo y asegurado por una profesión seria: trabajaba en la compañía L'Urbaine, donde no sé qué pariente suyo era administrador; fue él y no otro quien me aseguró la librería contra incendios. Tenía una voz un tanto cavernosa que dificultaba la conversación: apenas seguíamos su charla, decíamos que hablaba para sus barbas, unas barbas metafóricas, por supuesto, pues era tan imberbe como el que más. A decir verdad, era un chico muy joven y un muchacho nada malo. Pronto le perdimos la pista pues su ascenso social fue veloz: subió de golpe como un globo cautivo.

10 «La voz de los bueyes está en los bueyes.» El poemario de Paul Fort *Chansons pour me consoler d'être heureux* [Canciones para consolarme por ser feliz] se abre precisamente con «La voix des boeufs».

11 Roger Martin du Gard, *Jean Barois*, trad. de Ricardo Anaya, Alianza, Madrid, 1973.

Paul Fort, cuyas finanzas andaban siempre en una situación penosa, nos propuso un negocio estupendo: las existencias completas de su revista *Vers et prose*. ¡No podíamos dejar pasar la ocasión! Dios santo, las *Vers et prose*, con la de veces que las había buscado yo en los saldos de los muelles, con el prestigio que tenían para mí, y ahora venían y me ofrecían de golpe todo un cargamento: ¡6.676 ejemplares! Nos hizo un precio que no podía ser más módico: cinco céntimos por ejemplar, es decir, en total, 1.669 francos; con todo, lo veíamos difícil, porque habíamos gastado todo nuestro dinero en establecernos. Fue tan amable de proponernos un arreglo: un primer pago de 200 francos y mensualidades de 100 francos; no podía ponernos más facilidades, pero seguía siendo complicado. Fue mi madre quien zanjó el asunto al prestarme algo de dinero. Fue ella también quien, seducida por la pintura del yerno de Fort, el futurista Gino Severini, me dio de puro entusiasmo los 300 francos que costaba *Les lanciers italiens* [*Los lanceros italianos*], excelente lienzo que aún hoy poseo.

Así, desde sus primeros pasos nuestra librería se procuró con las *Vers et prose* unas provisiones pistonudas, como decíamos por aquel entonces. El *stock* no se componía de colecciones enteras sino de ejemplares sueltos en número muy dispar: había un único número I y yo no sé cuántos centenares de algunos números que habían sido reimpresos; los más raros se vendían hasta por cinco francos, cuando su precio de partida, el precio de compra, era de cinco céntimos. Por suerte, el número IV se contaba entre los más abundantes, ya que incluía «La soirée avec Monsieur Teste»¹², un texto que por entonces no estaba disponible en otro

12 Efectivamente, «La velada con Monsieur Teste» de Paul Valéry se publicó primero de forma autónoma en la revista citada, para más tarde pasar a formar parte de *Monsieur Teste* (en traducción de José Luis Arántegui, A. Machado Libros, Boadilla del Monte, 2008).

formato. Nuestro tenderete de la calle —una pequeña caja sobre cuatro patas— estuvo veinte años lleno de aquellas revistas color alcachofa (aún hoy, si quisiera, todavía me quedarían).

Fue en ese número IV de aquella caja donde el joven Louis Aragon, quien por entonces andaba haciendo la preparatoria para medicina, descubrió «La soirée avec Monsieur Teste», y fue él quien me habló del texto, antes de que yo hubiese tenido tiempo de leerlo. André Breton y Philippe Soupault vinieron a comprar la revista, y más de una vez.

André Breton era hierático y guapo. Conocía a Jean Royère y a Guillaume Apollinaire. Sentía por este último una adherencia fanática que no tenía problema en manifestar. Fue el primero que me habló de *La jeune Parque*;¹³ si no recuerdo mal, lo había escuchado leído por el propio Valéry en casa de Royère. «Bueno, y díganos, ¿cómo es él?», le preguntamos. «Es transparente —respondió— y es “gris”.» Cuando decía aquello te hacía entrar en trance. Su «gris» era lo contrario a un gris corriente. Era toda la materia gris: el ser, las aguas, las nubes, las piedras... Era un conflicto divino generador de prodigios. Playas para veleros fantasma. Ciudades desiertas, ciudades para ellas solas. El polvo sagrado. El alba de los días más ancianos...

Conocí a Léon-Paul Fargue muy pronto, en febrero de 1916. Una de mis primeras clientas —una muchacha amable y culta—, May

13 Paul Valéry, *La joven Parca; El cementerio marino*, edición bilingüe de Monique Allain-Castrillo y Renaud Richard, Cátedra, Madrid, 1999.

Raynaud, me había invitado a casa de sus padres para conocerle. Por aquella época leía gustosa las líneas de la mano, y me gané así cierta fama. Por supuesto Fargue me tendió las palmas. Antes de que pudiese decir una palabra, me preguntó: «Me voy a volver loco, ¿verdad?». «No, qué va —le respondí—, ya lo está usted bastante.»

A la mañana siguiente a aquel encuentro Fargue vino a la tienda (a la que llamaba la *vukike*, por «boutique») con un paquete de *Tancredè* bajo el brazo. Yo había oído hablar de *Tancredè* como de una *plaque* bastante extraña a varios bibliófilos, pero nunca la había visto. Era blanca, con el título en dorado, impresa a cargo de su amigo Pierre Haour, me dijo el autor.

Aquella *plaque* tan difícil de encontrar iba a encontrarse en mi establecimiento, y solo pagaría los ejemplares una vez que los hubiese vendido; y además me llevaría una comisión del cincuenta por ciento. ¡Eso sí que era una propuesta honrada...!

Fargue se convirtió en poco tiempo en el mejor amigo de la casa. Le veíamos todos los días; primero iba a la Rue de Vaugirard, a ver bailar a las jóvenes de la escuela de gimnasia rítmica de su amigo Couvreur, para luego venir a la Rue de l'Odéon, donde se quedaba hasta bien tarde.

No tardó en parecerme más poeta-en-persona que Paul Fort (y ahora no estoy juzgando las obras, sino a los hombres). Paul Fort era un personaje del Medievo, muy educado, pero, en cierto sentido, inmóvil como un icono. Fargue pertenecía a los tiempos modernos: sus facultades estaban más evolucionadas y mejor diferenciadas. Era a la vez un hombre de mundo (en el verdadero sentido de la palabra) y un niño, como tiene que ser todo poeta. Le debo mucho. Fue para toda nuestra cuadrilla un maestro maravilloso, nos espabiló bien. Las lecciones eran barrocas.